

Ecós lejanos de una ciudad abolida

Hay ciudades que parecen soñarse a sí mismas. La gran mayoría de sus habitantes viven ajenos al reverso legendario de las calles que transitan. Conviven con su ciudad sin prestarle apenas atención, como un ruido de fondo y un atasco infinito. Pekín es una de estas megalópolis del siglo XXI, atareadas y vulgares, habitadas sin saberlo por sueños literarios en fuga. Escribió Francisco de Quevedo en su soneto *A Roma sepultada en sus ruinas*: «Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!, y en Roma misma a Roma no la hallas». Lo mismo podría decirse de Pekín.

Muy poco podrá grabar del viejo Pekín en la memoria de su cámara digital el moderno peregrino que se acerca a la todavía hoy capital imperial del norte. Apenas una docena de islotes: templos, parques y palacios salvados milagrosamente de la furia iconoclasta de la revolución cultural sobreviviendo en medio de un bosque de grúas, autovías de circunvalación, anuncios luminosos y rascacielos en construcción. El espejismo olímpico se está encargando de aventar las últimas brumas de un pasado irremediamente abolido. Ciertamente, los *hutong*, los callejones llenos de tipismo y sabor inmemorial del viejo Pekín, eran nidos insalubres de fría y húmeda incomodidad para sus habitantes,

XII PRÓLOGO

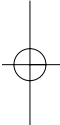
pero no era la simple demolición sistemática la única solución posible. Ni la salvaguarda de unos pocos callejones reconvertidos en parque temático de cartón piedra para solaz de las legiones de turistas en procesión.

Entretanto la ciudad no ha dejado nunca de soñarse a sí misma. La conjunción de vidas cruzadas y la presión en un solo punto del mapa de siglos de historia acumulada cristalizan en páginas de ficción, memoria y leyenda. El tenue aroma inconfundible de las ciudades literarias lo perciben como nadie los recién llegados y los que se saben irremediabilmente extranjeros, de paso en ellas. Nunca ha faltado quien vele y quien cifre este sueño, de madrugada, sentado ante el parpadeo de una luz vacilante o de una pantalla de cristal líquido. Son unas cuantas las ciudades capaces de despertar una fascinación enfermiza e incurable en los extranjeros que en ellas han residido; pero son pocas las ciudades capaces de brindar relatos incluso a aquellos que nunca las han visitado. Pekín es una de estas raras ciudades esencialmente literarias.

Hay quien pone en duda que Marco Polo hubiese llegado a visitar nunca Cambaluc (nombre mongol de Pekín): no aparecen en su prodigioso *Il Milione*, ni el té, ni los palillos empleados para comer, ni los pies vendados de las mujeres chinas, ni la Gran Muralla. Son todas ellas omisiones sospechosas pero no concluyentes: lo que hoy nos parece definitorio de una ciudad era posiblemente irrelevante a finales del siglo XIV a ojos del comerciante veneciano. Así, por ejemplo, la gran muralla, que por entonces estaba evidentemente en desuso, puesto que de bien poco podía servir al poder mongol de Kublai Khan... como no fuese para protegerse de sí mismo.

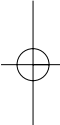
En *El otoño en Pekín* de Boris Vian ni siquiera los personajes de la novela llegan a mencionar ni a acercarse remo-

tamente al otoño de la vieja capital imperial, atrapados por siempre en el bucle de un obsesivo y absurdo viaje en autobús. El suizo Max Frisch tampoco estuvo nunca en China, y tampoco el protagonista de *Mi o el viaje a Pekín*, novela breve que escribió a finales de la segunda guerra mundial, mientras Europa se hundía en la barbarie. Pekín se convertía en su libro en el lugar en el que reside la sabiduría, flor azul y lugar inalcanzable por definición. Siguiendo los pasos del *Heinrich von Ofterdingen* de Novalis, la *nouvelle* de Max Frisch narra el viaje iniciático que emprende el hombre que se resiste a ser destruido por el presente. Sintomáticamente la última frase de la novela reza así: «Pekín, adonde nunca podré llegar».



Hasta fechas muy recientes, Pekín ha contado con una colonia extranjera reducida y peculiar. Un ilustre precursor en el subgénero de los relatos debidos a la pluma de diplomáticos extranjeros es el británico Lord MacCartney. Empezó en 1792 un fallido viaje de embajada ante el emperador manchú Qianlong. Fracásó en su intento de establecer relaciones diplomáticas entre el Imperio Británico y el Imperio Chino porque en Pekín nunca consideraron aquel viaje como nada más que un intercambio de presentes sin mayor trascendencia, y porque el lord británico se negó en redondo a postrarse por completo ante el emperador chino, dando con la frente en el suelo en el *kowtow* ritual. En su relato el lord auguraba, sin mucho tino, que en pocos años los pekinenses abandonarían sus palillos y se servirían de cucharas y tenedores en sus mesas.

A mediados del siglo XIX las guerras del Opio forzaron la apertura comercial y diplomática, inaugurando un siglo



XIV PRÓLOGO

de intrusión colonial extranjera en China. Misioneros, diplomáticos, militares, comerciantes, viajeros curiosos y sinólogos de vario pelaje empezaron a frecuentar las grandes avenidas y las estrechas callejuelas de Pekín, y a enviar a la metrópolis occidental noticias y relatos de lo que allí encontraban. Entre ellos destaca Pierre Loti, viajero impenitente y oficial de la marina francesa, que plasmó en una serie de crónicas, recopiladas en forma de libro bajo el título de *Los últimos días de Pekín*, los azarosos tiempos de la guerra de los Bóxer, en 1900, cuando un levantamiento antiextranjero en Pekín obtuvo como respuesta el ataque combinado de una fuerza aliada en contra del Imperio Chino. Pierre Loti constata la decadencia súbita de la ciudad, desvencijada tras la rebelión y tras la entrada triunfante de las tropas extranjeras de las que él mismo formaba parte: «Pekín ha envejecido aún más desde mi viaje de otoño, envejecido al menos un siglo o dos; y la insolación de abril acentúa su decrepitud, lo sumerge de una forma más definitiva entre las ruinas irremediables; lo siente uno acabado, sin posibilidad de resurrección».

El poeta Paul Claudel se pasó diez años en China, entre 1895 y 1905 en diferentes puestos del servicio diplomático francés. Dejó constancia de su fascinación por China en general y por Pekín en particular en numerosos escritos. Sin olvidar las legiones de «mendigos, leprosos y todas las tripas al aire» de la China imperial agonizante, no podía dejar de confesar un amor incurable por China. Paul Claudel cifraba toda su admiración por los chinos en su «espontaneidad» y en una «sabiduría vital enraizada en el gusto y el instinto».

Pero no hay que olvidar que durante los años en que el poeta-diplomático se enamoró de China, Francia participó en la fuerza aliada de 1900 que atacó Pekín e impuso al

Imperio Chino una abultada indemnización de 1.750 millones de francos, doce veces la renta nacional del imperio en aquellos años. Los holandeses utilizaron parte de aquella indemnización para nutrir la ingente biblioteca que reside en su principal centro sinológico, en la Universidad de Leiden. Hay amores que matan, y los amores coloniales son de ese tipo.

El ensueño orientalista tiñe de belleza opiácea las percepciones occidentales del viejo Pekín. El palestino Edward Said decodificó los complejos mecanismos de este juego de proyección de prejuicios y brumas eurocéntricas sobre tierras lejanas. La idealización de la belleza y la sabiduría oriental constituyen el reverso de la acción colonial, presuponen la superioridad moderna de Europa, que expulsa a Oriente fuera del tiempo, y lo convierte en paraíso varado y ucrónico para degustación de estetas y aventureros del espíritu.

Victor Segalen llevó al extremo la idealización de China: la convirtió en el *País de lo Real*, en mayúsculas: una especie de suprarrealidad en la que reinventarse y fundirse. Abogó por una estética de lo diverso, convirtió el exotismo en la religión de sentir lo diverso y reconocer su belleza; abjuró de Pierre Loti en particular y de los turistas en general, tildándolos de «proxenetas de la sensación de lo diverso». Victor Segalen vivió en China la caída del imperio y los primeros años del regeneracionismo republicano, pero nada de ello queda consignado en sus escritos. Su China soñada habita unas coordenadas intemporales, tan ajenas al devenir histórico de sus tiempos como las gélidas y agostadas llanuras asiáticas que protagonizan *Anábasis* (1924), una de las cumbres de la poesía europea del siglo XX, del también poeta y diplomático Saint-John Perse, que residió en China entre 1916 y 1921. En 1914 Victor Segalen inicia una carta a un amigo con

XVI PRÓLOGO

estas palabras: «Pekín os ha reclamado con una nostalgia a la que no he sabido qué responder». A su muerte dejó inacabado un poema, *Le Thibet*, que abunda en la conversión de la tierra de los lamas en mito viviente.

Son unas cuantas las voces que nos permiten oír la resonancia del eco del viejo Pekín en la escritura de sus residentes extranjeros. Reginald F. Johnston fue el tutor del último emperador manchú, Puyi. En 1934 publicó *Twilight in the Forbidden City*, un relato sobre la vida cotidiana en la Ciudad Prohibida durante los años que siguieron a la caída del imperio. Anne Bridge, esposa de un diplomático británico en Pekín reflejó la vida del distrito pekinés de las legaciones extranjeras de la década de los años treinta en una serie de novelas con títulos como *Peking Picnic* (1932), hoy completamente olvidadas pero de gran venta y difusión en su tiempo; en ellas se suceden las *cocktail parties*, las carreras de caballos, los enredos sentimentales y los problemas con el servicio doméstico. No debemos tampoco olvidar las célebres novelas de Pearl S. Buck, la hija de un misionero protestante que, tras cuatro décadas pasadas en China, hablaba con tanta fluidez el chino como el inglés. Pearl S. Buck ganó el premio Pulitzer en 1931 con *La buena tierra* y el Nobel de 1938 con el conjunto de su obra, una empática visión de las mujeres y los campesinos chinos que ha sido calificada por el sinólogo James C. Thomson como la más influyente y leída reinención de China desde Marco Polo hasta nuestros días.



El autor del delicioso y sugestivo libro que aquí se prologa, David Kidd (1927-1996), llegó a Pekín en 1946, con apenas veinte años, gracias a un programa de intercambio uni-

versitario. Había cursado estudios de lengua china en Michigan y se disponía a profundizar en el estudio de la siempre elusiva y sutil poesía clásica china en la universidad Yenching, una de las más famosas universidades de los misioneros cristianos, que más tarde sería asimilada a la Universidad de Pekín. Conoció a la que sería su esposa, Aimee Yu, la hija de un juez del tribunal supremo, emparentada con la vieja aristocracia manchú, en un teatro de ópera de Pekín. La muerte del padre de la joven y el triunfo de la revolución maoísta precipitaron aquel inusual matrimonio entre una joven aristócrata pekinesa y un norteamericano procedente de las llanuras de Kentucky.

David Kidd decidió fijar por escrito los recuerdos de sus cuatro años vividos en Pekín (1946-1950) al cabo de una década de su partida de la vieja capital imperial. La primera versión del libro que aquí se prologa se tituló *All the Emperor's Horses* (1960). Décadas más tarde, en 1988, David Kidd publicó una segunda versión ampliada y rebautizada del libro, que incluía una visita al nuevo Pekín de inicios de la era de la reforma y la apertura de Deng Xiaoping. Esta es la versión que aquí podemos leer.

Coincidió en un empeño memorialístico similar al de David Kidd, y también a principios de la década de 1960, John Blofeld en *City of Lingering Splendour: A Frank Account of Old Peking's Exotic Pleasures* (1961). John Blofeld rescata en su libro el Pekín de los callejones de «sauces y flores», de las casas de placer, de los restaurantes selectos, de los salones de té y la bohemia dorada de algunos círculos extranjeros de Pekín que también David Kidd conoció. John Blofeld es un autor de referencia entre los interesados en la religiosidad y el misticismo chinos por sus libros sobre el budismo tántrico, el taoísmo esotérico y por la que, probablemente, es la más literal y fiel traducción del *Libro de*

XVIII PRÓLOGO

los cambios (Yijing). John Blofeld es uno de los muchos protagonistas secundarios del libro de David Kidd. Aparece justamente guiando a sus protagonistas en una inocua y breve incursión en el mundo de la prostitución elegante y sofisticada del barrio de Qian Men.

David Kidd vivió un momento crucial de la accidentada historia de la China del siglo XX desde una posición insólita. Instalado en el corazón de Pekín, en el interior de la inmensa y lujosa pero decrepita mansión de la familia Yu, con sus colecciones de bronce, caligrafías, jades y otras antigüedades, con sus jardines, estanques y pabellones, David Kidd relata el advenimiento del poder comunista sin recurrir en ningún momento a la épica al uso en este tipo de lances. Como una inmensa nave embarrancada en las arenas de la historia, la mansión de los Yu se convierte en un reducto de precaria pervivencia de todo un mundo en extinción.

En tono menor, mezclando evocadores colores elegíacos con pinceladas de eficazísima comicidad, David Kidd evoca aquellos convulsos años a través de relatos vivaces y apuntes al natural, evitando sermonear, dejando que los detalles y los pequeños gestos hablen por sí solos. Son especialmente vibrantes los retratos de los habitantes de la mansión, intentando mantener viva la llama de un fuego extinto, organizando ceremonias y fiestas de disfraces desesperadas, intentando ignorar lo que les rodea, jugando al mah-jong mientras desde los tejados los vigilan las brigadas populares, custodiando reliquias ya sin valor...

La pasión de David Kidd por el coleccionismo de arte y la promoción de las tradiciones artesanales de Asia Oriental se reflejan en estas *Historias de Pekín*. Presenciamos la extinción de unas formas de vida que se cifran en la imagen de una serie de incensarios de bronce ininterrumpidamen-

PRÓLOGO XIX

te encendidos desde que fueron forjados en plena dinastía Ming, en el siglo XV. La *damnatio memoriae*, la pulsión iconoclasta y de destrucción de todo lo antiguo que se desata en los pliegues convulsos de todo terremoto histórico, constituye uno de los temas centrales de este libro.

En 1950, a su vuelta a Norteamérica, David Kidd fue paradójicamente acusado de filocomunista por el macartismo imperante. Ya divorciado de la joven Aimee Yu, en 1956 se trasladó Japón. Se dedicó al coleccionismo de arte y a la docencia universitaria. Unió su vida profesional y amorosa al velador de su memoria, Yasuyoshi Morimoto. Junto con él abrió en 1976 la escuela de artes tradicionales japoneses en la Fundación Oomoto. La casa de David Kidd en Kioto, llamada *Togendo*, se convirtió en lugar obligado de peregrinación para los jóvenes bohemios europeos que circulaban por Japón. Es conocida su amistad con David Bowie. Todavía hoy se puede visitar el *Café David*, cerca del Museo Cultural de Kioto, en el que el que fue su compañero en las últimas décadas de su vida, Yasuyoshi Morimoto, ha reconstruido el ambiente de aquella mansión tradicional. Lleva también el nombre de David Kidd una fundación dedicada a la investigación sobre el SIDA. Las *Historias de Pekín* constituyen un episodio más en una biografía novelesca y singular: un episodio crucial, que tenemos ahora el privilegio de revivir a través de la lectura.

MANEL OLLÉ